

Educación y Promoción social en Pedro Poveda.

Consuelo FLECHA GARCÍA

Referirnos a Pedro Poveda, que vivió en la ciudad de Guadix desde 1894 hasta 1905, años en los que finalizó sus estudios, fue ordenado sacerdote, y trabajó en diferentes proyectos, es una ocasión de recordar y de hacer presentes tantos hechos —unos acaecidos en esa ciudad, y otros ya fuera de ella—, que actuaron como elementos germinales de lo que hoy conocemos, y que han permanecido vivos en la memoria colectiva.

¿Quién era Pedro Poveda? La respuesta tiene que ver con la evocación de momentos de una historia, no demasiado lejana, a la que voy a intentar acercarme desde la dimensión social y educativa desarrollada por él.

Poveda (1874-1936), fue un hombre andaluz que nació en Linares, y cuya vida transcurre en diferentes lugares de la geografía española: en Jaén, Guadix, Cova-donga, Jaén de nuevo, y a partir de 1921, en Madrid:

- En una época en la que a los regeneracionistas y a toda la generación del 98 “les duele España”, y ponen en primer plano el problema de la escuela. La educación se planteaba entonces como una cuestión prioritaria, al menos, por dos razones: primera, el subdesarrollo cultural del pueblo —en 1900, un 59% de la población española mayor de 10 años era analfabeta, un 39% de hombres y un 61% de mujeres (Vilanova-Moreno, 1992)—; y segunda, por las implicaciones políticas que trae siempre consigo toda tarea educativa, y muy especialmente en aquellos momentos de especial beligerancia ideológica.
- En una época en la que Giner de los Ríos y Manjón, trabajaban incansables en la búsqueda de un estilo diferente de plantear el quehacer escolar, con el convencimiento de que la escuela era el camino más eficaz para superar el cúmulo de problemas que acuciaban al pueblo español.
- En una época en la que Azorín denuncia el problema de la “Andalucía trágica”, porque en ella se asentaban, con más amplitud que en otras regiones españolas, el hambre, el analfabetismo, un decisivo desnivel económico.
- En una época en la que Ortega y Gasset llegó a decir que el problema español era un problema pedagógico, y que en su libro *La rebelión de las masas*, de 1930, constataba que no se había sido capaz de educar a tantas personas fruto de la explosión demográfica de principios de siglo, y que de esa falta de educación se estaban sufriendo, dolorosamente, las consecuencias.
- En una época, al fin, en la que los cristianos dudaban en replegarse ante una sociedad que empezaba a ser hostil para ellos, porque se culpaba al ca-

tolicismo de muchos de los males que se sufrían, y la fe se planteaba, por algunos grupos, como un delito público (Galino, 1988).

La andadura vital de Pedro Poveda estuvo inmersa en todos esos acontecimientos, participando con creciente intensidad en la inquietud por aplicar remedios eficaces. Y, en esa época, atento a cuanto sucedía: "Yo —escribiría—, que tengo la cabeza y el corazón en el momento presente" (Poveda, 1936), supo crear nuevos modos de pensar, de hacer y de vivir, para no caer en el peligro de infidelidad que se corre evadiéndose de los cambios históricos. Pero, por esta novedad, se vio envuelto en la polémica, suscitada incluso por católicos más tradicionales, que actuaron con miedo frente a las innovaciones políticas, culturales, y desde luego, religiosas (Galino, 1988); y que proponían respuestas insuficientes para las necesidades del momento.

Hacer lo que hay que hacer, en algunas ocasiones no cuesta nada, pero en otras requiere de un sentido determinante respecto de las propias obligaciones, y de dosis de entereza. Ayuda a ello el sobresalto que producen las situaciones extremas, junto a una llamada irrechazable de la conciencia, pero difícilmente una persona sola puede romper determinados esquemas.

ATENTO A LA MODERNIDAD.

España, en el paso del siglo XIX al XX, estaba caminando lentamente hacia la modernidad, pero cada vez más consciente de la distancia que iba acumulando respecto de otros países del entorno europeo. Un clima en el que Poveda se va a dejar interpelar por el movimiento regeneracionista, que empieza a dejarse oír, cuando aún no ha terminado el siglo de la gran soledad de España, —sus límites, con la pérdida de las colonias, se iban quedando reducidos a los de la península—, hablando de la educación como verdadera panacea transformadora. Se deja interpelar por las preocupaciones sociales de los católicos que han leído con atención la encíclica de León XIII, la *Rerum Novarum*; lo mismo que por la perplejidad, y hasta el desconcierto, con que muchos buenos católicos habían recibido la condena del Modernismo; y, desde luego, se deja interpelar muy especialmente por la evidencia de un pueblo al que no se le proporcionan los medios necesarios para vivir con dignidad.

Poveda, sacerdote joven cuando nace el siglo, se encuentra entre el grupo de católicos sensibilizados hacia el tema de lo social, y responde comprometiéndose no sólo con las situaciones que tenía más cercanas, sino también con las que, aunque a mayor distancia, debían ser abordadas como contribución a soluciones de más largo alcance. El problema social fue clave de referencia de sus principales decisiones.

Había estudiado el bachillerato, y también en los Seminarios de Jaén y de Guadix, en los años que corresponden al Pontificado de León XIII. Un Papa abierto y preocupado por intentar conciliar a la Iglesia con el mundo moderno, que deja de condenar la participación de los católicos en la política, que los anima a compartir las aspiraciones de su tiempo y que postula el acercamiento entre las clases

sociales; el Papa de la encíclica que en 1891 actualizó la doctrina social de la Iglesia, marcando una pauta de referencia obligada durante mucho tiempo —aunque todavía dentro de lo que se llamaba “filosofía cristiana”, es decir, del reconocimiento de normas y principios, que sólo más tarde empezarían a provocar una dinámica nueva (Oriol, 1991)—, pero que fue la expresión actualizada del llamado catalocismo social, poniendo palabras a las preocupaciones sociales de los católicos más inquietos.

Una encíclica universal —que había sido precedida por la dirigida a los católicos españoles en 1882 “Cum multa” en la que se les exhortaba a unir sus esfuerzos en favor de las clases sociales más necesitadas, y por la de 1885 “Inmortale Dei”, sobre el servicio que los cristianos debían prestar a la sociedad actuando en las estructuras civiles—, que ayudó a una toma de conciencia de los problemas de desarraigo y de empobrecimiento que estaba produciendo el desarrollo industrial en los países occidentales; problemas contra los que se pronuncia audazmente, retomando, o mejor actualizando, viejos caminos de acción social.

Poveda va a encontrar en ella un filón para sus primeros programas y actividades sociales en Guadix, consciente de que una de las dimensiones esenciales de la fe era, no sólo el conjunto de principios que sustentaban esa doctrina social, sino también la serie de esfuerzos que había que solicitar de cada sujeto eclesial para leer la historia desde el horizonte cristiano. Poveda se identifica con el mensaje, y se propone releerlo desde la situación particular que él está viviendo. Acoge el legado cultural y religioso que su tiempo le ofrece, y responde con la novedad de su propuesta.

Guadix, lugar del que diría “fui con un entusiasmo loco”, y en el que se encuentra con la situación socio-económica y cultural de los habitantes del barrio de las Cuevas, cuyas profundas desigualdades le resultaban inaceptables. Hecho, que hasta entonces había pasado desapercibido a la mayor parte de los habitantes de la ciudad, que vivían ignorantes del mundo distinto que constituían las Cuevas. Y en Guadix, en poco tiempo, aprendió a mirar desde otra perspectiva esa situación, lo que le llevó a descubrir la necesidad que allí surgía de un planteamiento pedagógico.

Con la clara convicción de que la escuela primaria era el paso imprescindible que las clases populares habían de dar como comienzo de su integración y promoción social, Poveda crea allí escuelas y talleres —entonces novedosa y prometedora práctica educativo-social, para la que busca maestros y maestras formados en los métodos manjonianos—, como el mejor camino de preparación de aquella gente para salir de la marginación en que vivía, y para cuyo sostenimiento económico, dice Poveda, “pedí a todos”. Una alternativa creíble, con la que despertó en otros la inquietud que les hizo salir de la indiferencia, y con la que logró atraer a muchas personas. El no quería actuar sólo, y planteó la acción como llamada a la responsabilidad social, a la colaboración, al cambio de las relaciones sociales; lo entiende, desde el primer momento, no como enfrentamiento con quienes ya disponían de esos medios, sino como ayuda, como solidaridad y como mejora de las condiciones de vida de unos y de otros, en la medida en que a todos, recíproca-

mente, les ofrecía oportunidades para dar y para recibir, cada uno según su necesidad.

Quizás se lanzó a una empresa más audaz de lo que su tiempo podía comprender: acercar, implicar en una tarea común, a personas de diferentes clases y grupos sociales; tarea que proponía, no como de beneficencia —rebasó las actitudes benéficas al uso—, sino con un estricto sentido de justicia.

A partir de esta experiencia, va a iniciar un proceso de reflexión en el que tomará conciencia de lo imprescindible de ofrecer medios de formación seria, de calidad, a quienes tanto podían contribuir a un cambio social: para él, en primer lugar quienes se dedicaban a la tarea de educar. La desigualdad, y hasta la deshumanización, que marcaba entonces a aquellos habitantes de las Cuevas, como a los de tantos otros lugares de la península, no le hicieron sentirse impotente, ni pensó que podían desbordarle. Al contrario, planteó alternativas, primero para ese ambiente, y después para otros, porque fue capaz de vislumbrar los efectos que habían de producir los medios imaginados.

En él fueron juntos el discurso y las palabras, los hechos y las actitudes; por eso enseguida va a focalizar su acción en el profesorado, en el acceso de las mujeres a una cultura que les permitiera asumir compromisos sociales más amplios, y en las consecuencias que se debían derivar de una fe auténticamente vivida, y de una cultura al servicio de una más cualificada acción social. Una evolución que no le supondría apartarse del compromiso humano y social contraído en sus años más jóvenes (Gómez Molleda, 1933) —en su escenario de juventud—, sino el abordarlo desde otras instancias, y con instrumentos, desde su óptica, más eficaces y multiplicadores. Lo que había entendido Poveda era que la necesaria reforma social no podría abordarse si no era desde la educación como único medio verdaderamente eficaz y perdurable, desde la cultura como instrumento liberador.

Pero la guerra de ideas que caracteriza el primer tercio de nuestro siglo, mantiene además en el centro de la polémica la cuestión religiosa, aunque de los ingredientes de esa contienda formarán igualmente parte cuestiones políticas, ideológicas y, cómo no, educativas. La incidencia de la Escuela, del Instituto, de la Universidad, del profesorado, en todo ello no era desdeñable. Por aportar algún dato que sea expresivo de cómo afectaba esa beligerancia a toda la política de entonces, y especialmente a la educativa, baste decir que en los últimos veinte años del siglo XIX se llegaron a elaborar hasta 17 planes de Segunda Enseñanza, entonces el nivel educativo que actuaba de filtro de las aspiraciones de movilidad social; y que entre 1902 y 1923 van a sucederse 53 Ministros de Instrucción Pública (Puelles, 1980).

Circunstancias que tuvieron como resultado la elaboración, desde diferentes marcos ideológicos, de programas de acción social en términos pedagógicos, y más en concreto de planes de formación del profesorado: Giner, Manjón, Costa, Ferrer Guardia —con la influencia indudable que Ferrer tuvo en Andalucía—, o las actuaciones de los múltiples Gobiernos de estas décadas.

En este ambiente, el creciente laicismo de un Estado, celoso de la autonomía que legítimamente le correspondía como representante de una población que em-

pezaba a ser plural también en lo religioso; las corrientes anticlericales que alimentaban, en muchos casos, las actitudes adoptadas por las mismas gentes de Iglesia; la progresiva estatalización de la enseñanza, como consecuencia de una mayor iniciativa del Estado en el desarrollo de un sistema educativo que pudiera acoger a una población más amplia; y unida a ella, la progresiva politización del tema escolar y la batalla por su control entre las distintas corrientes ideológicas, eran banderas utilizadas para delimitar la posición que cada persona o grupo adoptaba.

Frente a todo ello, Poveda entendió que no era justo identificar autonomía con hostilidad, y analizando ese mayor protagonismo del Estado dentro de un proceso histórico que entonces parecía irreversible, no trató de hacer un contra-discurso, sino de ofrecer posibilidades concretas para una acción educativa de los seglares, más comprometida y más profunda, dentro de las estructuras del Estado, aunque su realización se desarrollara ya con un Pontificado distinto, el de Pío X, temeroso de la política de apertura al mundo moderno por parte de su predecesor, que ahora se consideraba imprudente y de consecuencias negativas.

Voy a destacar algunos de los aspectos que delimitan, a mi juicio, el marco de referencia fundamental de la acción educativa povedana. Me centraré en la atención al Profesorado, en su respuesta a la cuestión femenina, y aludiré también a varios rasgos del estilo educativo que Poveda señala.

ATENCIÓN AL PROFESORADO.

Poveda, en este tiempo dramático para algunos, siente la necesidad de elaborar propuestas y de poner en marcha acciones. No quiso ser uno más entre los que se lamentan del rumbo de la historia, del "cómo está la sociedad", pero que omiten su responsabilidad en ella. En él, proyectos y realizaciones empezaron a surgir y a caminar juntas. Su compromiso fue con el pensamiento y con la acción (Galino, 1988).

Y la actividad que va a desarrollar en esta circunstancia —él que en tantas ocasiones escribiría: "comentar haciendo", "hemos de contestar con los hechos", "las obras sí, esas dicen con elocuencia incomparable lo que somos", "el testimonio elocuente de los hechos"— es, aportar programas, concebir proyectos y crear instituciones encaminadas, en primer lugar, a salvar la responsabilidad que hay que reconocer al profesorado; a apoyar su despegue profesional, su promoción social, su actualización pedagógica; y, ante la progresiva estatalización escolar, a interpelar al profesorado cristiano presente en los centros educativos estatales, al que quiere competente profesionalmente, responsable y coherente con su fe, y capacitado para organizarse y colaborar (Velázquez, 1987).

La preocupación por el profesorado, por su formación, por su coordinación, es la tarea más urgente que él se propone abordar; concede la primacía a la acción del profesorado: "Obra necesaria, urgente, de extraordinaria trascendencia, — escribe— y a ella debemos acudir... Nosotros creemos que la escuela será cual sea el maestro" (Poveda, 1910). "Ante todo y sobre todo —dice en otro momento— debemos contar con el profesorado, si queremos que nuestra labor sea provechosa. Sin contar con el maestro no podemos dar un paso" (Poveda, 1911).

Por ello propuso programas de acción, —y esto es lo más característico de su pensamiento educativo—, para quienes tenían una gran responsabilidad en el acceso del pueblo a la cultura. Plantea y diseña las líneas organizativas de una Asociación que coordine al profesorado a nivel nacional; a partir de 1911 fue creando Centros Pedagógicos para su formación permanente, y abrió Academias, en distintas ciudades españolas, para la formación inicial de quienes se preparaban para esa labor. Además publicó una Revista que sirviera de difusión e intercambio de experiencias educativas.

La actitud de colaboración, muy especialmente entre el profesorado, fue su empeño constante, por las posibilidades que abre una acción conjunta: “Si os uníerais! —clamaba—, si la solidaridad fuera patrimonio vuestro!” (Poveda, 1913). Estaba convencido de que si se generaban alianzas, si se aunaban esfuerzos, si se fomentaban con entusiasmo experiencias en colaboración, sería posible una acción más eficaz. Para él lo determinante es la misión que cada persona elige en la vida y con la que quiere contribuir a la tarea común; pero para lograrlo ha de perseguirse organizada y solidariamente. Solidaridad interpretada en términos de generosidad, de disponibilidad, de esfuerzo común, que comportaba, ya en sí misma, una amplia acción social. Tal vez los escritos más duros de Poveda están orientados a combatir el individualismo.

LA CUESTIÓN FEMENINA.

Otro aspecto de actualidad que le cuestiona es el tema de la mujer; intuye lo que ésta debe y puede ser en la sociedad que está emergiendo, en la que, entre los diferentes grupos que empujaban por hacerse visibles en ella, encontramos un despertar feminista que se iba abriendo paso lentamente.

Ante la política de los Gobiernos que desean la generalización de la enseñanza para toda la población mediante la atención a la escuela estatal pero cuyos esfuerzos se encaminaban principalmente a centros para los varones y ante la polémica sobre la necesidad de cultura para las mujeres, sobre su derecho y su capacidad para hacer los mismos estudios que los varones, o para ejercer la profesión para la que esos estudios la capacitaban, Poveda pertenece al grupo de personas que a principios del siglo XX apostaban por la urgencia de prepararlas para los nuevos roles que se preveían en la sociedad, y se atisbaban en la Iglesia —su incorporación, por ejemplo, a nuevas formas de apostolado—.

Cree en las mujeres, cuenta con ellas. Las quiere cultas y preparadas. Les reconoce y pide un protagonismo en la construcción de una sociedad (Galino, 1986), que se estaba transformando profundamente, y en la que ellas, las mujeres, no podrían seguir siendo consideradas agentes en la vida doméstica, y pasivas en el llamado ámbito público.

Volviendo a Guadix, y cuando en 1918 el sacerdote D. Francisco Salvador Ramón, que se va a ocupar de las Escuelas del Sagrado Corazón, escribe a Poveda para informarse de algunos aspectos relacionados con ellas, y para solicitarle la colaboración que pudiera proporcionar, Poveda le responde a las diferentes cuestiones planteadas, y en relación a la ayuda le dice lo siguiente: “puede usted pe-

dirme, exigirme, recabar de mí, cuanto quiera, en la seguridad de que jamás quedarán defraudadas sus esperanzas... Todo cuanto pueda ha de hacer en favor de esas Escuelas. Desde hoy mismo pongo a su disposición una beca en el Internado Teresiano de Jaén, beca completa, más los libros, matrículas, ropa limpia y médico. Envíeme usted una joven dispuesta y se devolverá hecha una buena maestra, con la única condición de que ha de servir gratuitamente esas Escuelas durante algún tiempo después de terminada su carrera. Después, si hay necesidad de ello, recibiré otra, y cuantas convenga para el mejor servicios de esas clases y yo pueda costear". De entre los diferentes ofrecimientos que va desgranando en su carta destaco el que se refiere a dar oportunidad a las mujeres para que estudien, para que se preparen, y para que puedan contribuir a la formación de otras.

Vivió la importancia de la cultura en el colectivo femenino como una "cuestión de vida o muerte" para la sociedad, como decía él mismo en uno de sus escritos (Poveda, 1919). "Creo que no pensamos tanto como se necesita pensar sobre este asunto", añade. Fue capaz de vencer temores y de suscitar esperanzas, convencido de que debían ser las propias mujeres las que tomaran las riendas de la evolución necesaria. Por eso solicitó su colaboración, puso en manos de mujeres lo mejor de sus proyectos, y les dedicó una parte muy importante de sus escritos.

También a ellas les ofreció Academias, Centros Pedagógicos, y, en este caso, Residencias para atender no sólo a las futuras maestras, sino también a las que estudiaban el bachillerato o en la Universidad. La primera Residencia Universitaria Femenina que se abre en España es obra de Poveda, en 1914 en Madrid, a la que seguirían otras, cuando en nuestro país las mujeres que hacían estudios universitarios no representaban ni el 2% de la población universitaria. Pero quiere facilitar el que sean más, proporcionando medios a las que se deciden a elegir este entonces no trillado camino, ya que disponer de un lugar de residencia adecuado podía suponer un elemento fundamental para las familias a la hora de permitir a una hija desplazarse a Madrid y a otras ciudades, para continuar los estudios. Y esto cuando aún no habían pasado cuatro años desde que en 1910, se había dispensado a las mujeres del permiso previo que tenía que concederles el Ministerio, en ellas preceptivo, para matricularse en la Universidad, y se había regulado la habilitación de los títulos que se les concedían para acceder a las oposiciones del Ministerio de Instrucción Pública.

A las que acudían a los Centros por él fundados les decía: "No es fácil medir ni apreciar la trascendencia de la labor que habéis de hacer... porque los destinos de la mujer culta, y su influencia en la sociedad moderna, son ahora mismo algo tan grande como impreciso" (Poveda, 1931). Y en otro momento insiste: "Hasta se pretende, que las mujeres no profundicen en la ciencia para no quitarles la piedad. Todo eso es absurdo, falso de toda falsedad, gratuita impostura de los que tienen miedo a la ciencia verdadera" (Poveda, 1930). "Si no edificáis por vuestra ciencia, por vuestro estudio, por vuestro saber, habrá que dudar de vuestra virtud y temer por vuestra fe y negar vuestro teresianismo" (Poveda, 1919).

Así fue haciendo realidad lo que en los primeros años se llamó "Obra de las Academias", constituida por una serie de Centros de formación de Maestras, Pro-

fesoras e Inspectoras que ejercerían su profesión en centros estatales. Y enseguida, a las profesoras, alumnas y antiguas alumnas más comprometidas les propuso que se asociaran, surgiendo de este modo la Asociación de Laicos Institución Teresiana, hoy presente en 28 países de 4 continentes.

A Poveda le honra el haber descubierto las potencialidades del mundo femenino culturalmente preparado. El haber alentado incesantemente a las mujeres — los hombres contaban con muchas instancias que ya lo hacían— por el camino de la ciencia y de la investigación. Y el tiempo ha venido a confirmar su intuición en este campo.

UN ESTILO EDUCATIVO.

Empezamos con sus palabras: "Pensar que las jóvenes estudiantes son personas formadas, que no necesitan de vuestros cuidados, es una equivocación. Querer que las estudiantes sean perfectas, es un buen deseo que no responde a la realidad... Bien sé lo difícil que es la tarea de formar, el sacrificio que supone, la labor que pide, como sé lo que consume este trabajo tan ingrato, tan poco lucido" (Poveda, 1933).

Es realista, y sabe que al ideal que se pretende no puede llegarse sino a través de un proceso largo y costoso, al que la escuela, la familia, y otras muchas instancias sociales, deben contribuir. Tiene clara conciencia del importante papel que la educación desempeña en la dinámica de transformación y mejora del individuo y de la sociedad, y de que no es indiferente a esos cambios personales y sociales el tipo de educación que se ofrezca.

De ahí que fuera diseñando desde qué estilo de escuela había que educar; de qué antropología había que partir; a qué talante de persona se aspiraba; y a qué tipo de sociedad se pretendía servir. Para lo que articuló una serie de líneas directrices y de principios, que él consideraba como eminentemente educadores, y que vehicularían y darían consistencia a los métodos y actividades a realizar, haciendo posible llegar a los objetivos propuestos. Diseñó un estilo educativo que ya ha sido calificado como de "inconfundible", y del que voy a enumerar algunos de sus caracteres.

A su convicción de que la familia es el ámbito fundamental de educación, no sólo por ser al que en primer lugar incumbe esta tarea, sino muy especialmente por el tipo de relaciones que en ella se establecen, y por el clima o atmósfera estimulante y atractivo que en ella se vive, o se debe vivir, señala que la acción de las personas y de los centros debe parecerse, en lo posible, a la vida de familia, pues la acción educativa que en ellos se desarrolla contribuye igualmente al proceso de crecimiento personal que en el ámbito familiar se realiza. Su insistencia en esto era constante: "Cuando el ambiente del centro —escribe— se asemeja lo más posible a la vida de familia, reúne todo lo bueno... Tengo para mí, que el secreto del éxito está en que las alumnas se sientan como en su casa" (Poveda, 1914).

Atención, por tanto, a las relaciones interpersonales que favorezcan una comunicación y colaboración entre quienes, siendo diferentes, saben que, precisamente eso, les enriquece en actitudes y comportamientos de apertura, de recono-

cimiento de cada persona, y de aceptación de otros modos y costumbres, —un aspecto con el que él contó desde el principio, y de creciente interés en unas sociedades en las que cada vez más vamos a convivir con personas de otras razas, de otras religiones, de otras culturas—. Y atención a los modelos de referencia que las personas adultas ofrecen, más allá de las “lecciones explícitas”.

Fomentar un ambiente de alegría, como señal del clima de expansión en el que allí se vive, y que favorece una mayor naturalidad, “para que cada discípulo dé de sí todo lo bueno que pueda dar” (Poveda, 1912). Nada que dificulte la espontaneidad para manifestar los propios deseos y sentimientos.

El estudio como deber de justicia, como responsabilidad ante sí mismas, ante sus familias y ante la sociedad, y como el mejor bagaje para una actuación social seria.

Aliento a las iniciativas y a la creatividad del alumnado como cauces de participación y de libertad: “No calificuéis de disparate tal o cual aspiración por muy noble que sea o irrealizable que os parezca” (Poveda, 1912).

Y participación también entendida como proyección social de los centros educativos, concebidos como verdaderos núcleos de irradiación cultural y social. No agotando en sí mismos su labor, sino organizando actividades abiertas al medio en el que están enclavados, con las que contribuyen a la participación de un mayor número de personas en los bienes de la cultura.

Pero, para realizar un proceso educativo con este estilo, esta utopía propia de todo proyecto educativo, Poveda sabe que ha de mostrarse exigente con quienes educan. A los educadores les pide dedicación intensa, gratuidad, valentía, con una capacidad de iniciativa que supere la estricta dedicación a los programas, planes y tiempos establecidos por las autoridades académicas. Les pide, sobre todo, vocación para ir siempre más allá del puntual cumplimiento de su tarea profesional. Impresiona leer: “dadme una vocación, y yo os devolveré un método, una escuela, una pedagogía”. (Poveda, 1912).

La importancia del ambiente, de los tiempos, del testimonio de presencia personal, de la primacía de los valores éticos y espirituales; la renovada importancia del clima educativo, al que tanta atención dedicó Poveda.

Fue un pedagogo poseído por estas convicciones básicas, que supo transmitir con entusiasmo: que educar es liberar a la persona; que hay que hacerlo respetando su individualidad como punto de partida y como meta, pero consciente de su religación con otras; situándola en condiciones de ser autónoma, a la vez que solidaria, de ser capaz de reclamar derechos y de ejercer deberes, de responsabilizarse de sus decisiones y de optar por el sentido de su vida. Que el diálogo y la colaboración son los lugares que hay que transitar para la ineludible apertura de lo individual a lo social. Que abrirse a la solidaridad exige estar presente en la construcción de un tejido histórico, encarnado en la constante creación de ámbitos de encuentro, de libertad, y de compromiso. Que la educación es el medio privilegiado, la mejor forma —aunque no la única—, de regeneración social. Que los procesos educativos tienen que ser un elemento movilizador del cambio social.

PROPUESTAS Y ACCIONES.

Con las ideas se pueden hacer muchas cosas. Poveda no las desperdició. Le urgía la necesidad de ofrecer respuestas en un ambiente que muchos católicos veían con recelo y hasta con temor. Él, con una actitud muy diferente, convencido de que vivía en una época de transición que reclamaba nuevos planteamientos para incorporarse a la modernidad, más allá de confrontaciones ideológicas o de intereses políticos, llegó a quedarse en tierra de nadie (Galino, 1986), o por lo menos, no siempre muy acompañado.

Fue un hombre activo que logró la capacidad de hacer frente, con decisiones y tareas, a situaciones muy complejas y cargadas de incertidumbres. Que trabajó hasta el agotamiento en Guadix, lugar en el que reconocía en 1934, cuando ya se habían desarrollado en amplitud sus programas, que "la vocación a este género de apostolado tuvo su origen allí"; en Guadix no pudo emprender más cosas en menos tiempo. Para el que Covadonga supuso un espacio en el que profundiza, escribe, publica y establece incontables relaciones que le permitieron seguir de cerca los problemas sociales y culturales que estaban en plena ebullición en diferentes círculos. Que en sus años de Jaén, además de ocuparse de la Obra de las Academias iniciada antes de volver a esta ciudad y que ahora continúa e intensifica, fue miembro de la Asociación de la Prensa, de la Real Sociedad de Amigos del País, de la Junta Provincial de Enseñanza, de la Junta de Beneficiencia, de la Junta Nacional contra el Analfabetismo, era Profesor de las Escuelas Normales y del Seminario, Capellán de los Scouts. Y que más tarde en Madrid, cuando la Institución Teresiana estaba formada por cuatro Asociaciones con una gran diversidad de actividades, era, entre otras cosas, Consiliario Nacional de la Asociación Católica de Padres de Familia, organizó la Federación Nacional de Estudiantes Católicos, y fue miembro fundador de la Federación de Amigos de la Enseñanza, además de Capellán Real. En cada lugar tuvo en cuenta el contexto humano en que realizaba su actividad, como expresión del compromiso con el mundo que le tocaba vivir.

Y en todos los programas que aporta, en todos los proyectos e instituciones que desarrolla, desde un catolicismo coherente y comprometido con la actualidad, demostró un apreciable sentido de la historia y de lo que exigía el presente, como el único modo de estar abierto al futuro. Sin nostalgia del pasado, sintió la vida como tarea, como proyecto, como despliegue, en la que el tiempo tiene un gran valor. No hay que dejar que el tiempo se nos pase, esperando; no hay que dejar que el tiempo se nos escape, sólo hablando y proyectando. Esta parecía ser una de sus máximas.

Valoraba el trabajo de cada persona, pero desde la convicción de que los frutos serían mejores, para ella y para la sociedad, si estaba en relación con otras. La colaboración, el aunar fuerza, eran para él indispensables. Esta labor —dice—, "ha de llevarse a cabo uniendo las fuerzas... despojándose del prurito de singularidad, y de ostentación, y de mando... Todos debemos formar parte en esta obra, hay en el campo lugar para todos, puesto para cada uno, y esfera de acción donde moverse" (Poveda, 1913). Cuando escribe y publica, incansable, sobre temas de

enseñanza y sobre proyectos educativos, lo hace para despertar conciencias, para estimular, para mover a la acción. Entiende que cada persona es para los demás y busca, por eso, solidaridad en torno a un objetivo común.

RELEVANCIA Y SIGNIFICADO.

Todo indica que en el pensamiento y en la vida de Poveda hubo inquietudes, realizaciones, y también programas inacabados, intuiciones. Fue un hombre inquieto, al que vemos actuando en diferentes planos que hoy se nos hacen igual de apremiantes:

- Se esfuerza por despertar la responsabilidad y el compromiso de los cristianos, del laicado, en el mundo moderno. Intuye con singular clarividencia un modo nuevo de entender su presencia en la sociedad y en Iglesia, y les convoca a ocupar el lugar que les corresponde.
- Realiza acciones concretas en el campo educativo y cultural, desde una fuerte valoración de la cultura, como medio fundamental y como compromiso auténtico con la necesaria transformación de su sociedad; y escribe sobre las actitudes que deben guiar la acción educativa. La problemática social late en el pensamiento povedano impregnando toda su pedagogía.
- Advierte el proceso del feminismo y responde creyendo en la mujer, y facilitándole los medios para una tarea que le estaba vedada: "Atreveros a pensar", les decía a las mujeres.
- No se cansó de insistir en que el éxito de la empresa dependería de la formación, lo que implicaba una seria dedicación al estudio; por eso dice a las que se preparaban, o eran ya profesionales, —entonces dirigido sólo a mujeres, pero que hoy hemos de leerlo también en masculino—: "Yo quisiera que considerárais el estudio como uno de vuestros principales deberes. El estudio no es para vosotras algo bueno, útil, provechoso; es algo necesario, imprescindible" (Poveda, 1933).

Prestó y sigue prestando unos servicios a la sociedad con su pensamiento y con sus fundaciones; ha movido y creado fuerzas sociales, ha hecho circular ideas, ha interpelado a la persona, a cada persona. Nada pudo detener su voluntad de forzar los límites de lo posible.

Un hombre, un cristiano y un sacerdote de fe profunda, un intelectual que miró con preocupación, pero con cordialidad, las circunstancias sociales y políticas en las que le tocó vivir; que analizó, con mirada amplia, los acontecimientos que se producían, y buscó respuestas para que en aquella sociedad del primer tercio de siglo, hubiera hueco para todas las personas, para todas las palabras, para unas relaciones auténticamente igualitarias. Acción social y educativa comenzada en Guadix, que seguiría realizando, bajo distintas formas, a lo largo de toda su vida, por la que hoy tiene firma, aún sin quererlo, en la todavía pequeña historia de nuestro siglo.

Tratado, a veces, de visionario, de utópico —con este sentido le denominó

“proyectista” un pedagogo de la época—, de temerario, eligió una vida expuesta a la contradicción: incómoda para sí, y para otras personas, porque actuó, escribió, formó escuela, fundó, publicó (Galino, 1986); porque colaboró con cuantas iniciativas incidían en el mismo empeño educador. Sí, quizás una utopía, pero con la que, a fuerza de convicción, consiguió no sólo confrontar a los que sintieron que ponía palabras y acciones a lo que ellos sólo habían sido capaces de desear, sino que consiguió enganchar, persuadir, a otros muchos hombres y mujeres, más jóvenes, o menos habituados a pensar caminos alternativos.

BIBLIOGRAFÍA.

- Galino, Ángeles (1986): “Prólogo”, en Velázquez, Flavia P.: *Raíces Linarenses*, Madrid, Narcea; (1988): “El pensamiento educativo de Pedro Poveda”, en *Volumen-Homenaje Pedro Poveda*, Madrid, Narcea.
- Gómez Molleda, M.^a Dolores (1933): *Pedro Poveda, educador de educadores*, Madrid, Narcea.
- Oril, José M.^a (1991): “El sujeto de la doctrina y de su práctica”, en *Rev. Comunio*, sept.-oct.
- Poveda, Pedro (1910): “Estudio y presupuesto para la fundación de una Residencia de estudiantes”; (1911): “Ensayo de proyectos pedagógicos para la fundación de una institución Católica de Enseñanza”; (1912): “Consejos a Profesoras y Alumnas”; (1913): “Alrededor de un Proyecto”; (1914): “Vida de familia”; (1919): “La mujer clave de la crisis espiritual de nuestro tiempo”, “Juntad a vuestra fe, virtud”; (1930): “A las universitarias: nuestro programa”; (1931): “La mujer y el mundo intelectual”; (1933): “Hablemos de las alumnas”, “Del estudio”; (1934): “Carta”; (1936): “Eficacia de la Obra”, ARCHIVO I.T.
- Puelles, Manuel de (1980): *Educación e ideología en la España contemporánea*, Barcelona, Labor.
- Velázquez, Flavia Paz (1987): *Proyectos Pedagógicos*, Madrid, Narcea.
- Vilanova, Mercedes-Moreno, Xavier (1992): *Atlas de la evolución del analfabetismo en España de 1887 a 1981*, Madrid, MEC. 11.